



GIL BLAS DE SANTILLANA.

HISTORIA GALANTE.

LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

*Rapto de Irene. Dónde la fue á buscar
el mozo Siciliano. Su esclavitud, su li-
bertad, y su hallazgo en la Ciudad de
Buda. Huyen de esta Ciudad, y el
modo de vivir que tomaron
en Polonia.*



Abiamos andado pocos pasos, des-
viandonos del mar, quando vimos
salir de un bosquecito vecino qua-
tro hombres armados con espadas y
fusiles, que corriendo hácia nosotros,
me robaron á mi amada Irene, sin que ni el
Soldado, ni yo se lo pudiesemos impedir. En

TOMO VI.

A

va-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

vano gritó la pobre, implorando nuestro socorro: la tomaron en brazos los infames agresores, y la metieron en un barco que estaba cerca de allí; comenzaron á remar con toda fuerza, y se engolfaron en el mar, sin hacer caso de nuestros lamentos, ni de los clamores, cuyos ecos resonaban en las concavidades de las peñas, que servian de diques á una considerable parte de aquella playa. El que no sabe qué cosa sea amor fino y verdadero, mal puede hacer juicio de mi perturbacion en aquel fatál inopinado lance. La pérdida del objeto amado es el mayor mal que puede suceder á un hombre, á quien le haya tocado un corazón tierno y amoroso: se halla el infeliz sin la mejor parte de sí mismo, pudiendose considerar como un cuerpo sin alma. El buen Isidoro se compadecia mucho de mí, y hacia todo lo posible para confortarme; pero todo era en vano. Volví á casa de Demetrio mas que nunca desesperado: de allí partí á la Ciudad, donde este hombre dió muestras de gran dolor, quando le conté mi desgracia, acompañandome en el mio, y en la ansiosa solicitud con que preguntaba por Irene á todos los que encontraba. Salieron inútiles quantas diligencias hicimos en toda la Isla: por lo que determiné abandonarla para seguir los violentos impulsos de mi amor, que me sugería ir á exâminar los mas remotos rincones de la tierra hasta encontrar con mi adorada Irene. Luego que el Cefaleno me vió to-

talmente resuelto á poner en execucion este pensamiento, comenzo á insinuarme algunas esperanzas de que la podria encontrar en algun lugar de la costa de la Grecia, porque los autores del rapto verosimilmente serian Corsarios de algun Puerto cercano, pues si fueran de país distante, no podian venir en un barco tan pequeño. Haciendome alguna fuerza esta razon, pasé el mar en una embarcacion que llevaba municiones á Lepanto. Quiso acompañarme Isidoro, y quando entramos en aquella Ciudad, la hallamos alborotada, y llena de confusion, por la guerra que el Turco acababa de emprender contra la Moréa. Mi resolucion era verdaderamente andar por tierra desconocido, visitando todos los lugares marítimos del Epiro y de la Albania Turca; pero habiendo sabido que el ejército Otomano se abanzaba á marchas forzadas hácia el Istmo de Corinto, nos vimos precisados á no movernos. Mas Isidoro, cuya profesion de Soldado le inspiraba espíritus marciales, tomó partido en las tropas Christianas: resolucion que me fue muy sensible, porque á ella se siguió inmediatamente la dolorosa separacion de aquel buen amigo mio, hibiendo sido destinado al Presidio de Nápoles en la Romanía. Todos saben el éxito infeliz que tuvo aquella desgraciada guerra. Se apoderó el Turco de la Moréa, y yo perdí mi libertad, pasando de repente á ser esclavo. Me tocó por amo un Baxá que se lamaba Alí Togli, el qual me lle-

llevó consigo á invernár á Constantinopla. Encargóme el gobierno de sus caballos, y además de eso hacía otros muchos aunque pequeños servicios á su familia, por lo que todos me querían bien, y no puedo menos de decir que me fue muy bien con aquel buen hombre, el qual trataba á sus esclavos con la mayor humanidad. Quando llegó el tiempo de abrirse la campaña, fue mi patron destinado á servir á Ungría, en cuyas fronteras se iba juntando un numerosísimo ejército. Nombróme á mí entre otros muchos para que le fuese sirviendo, y llevó tambien consigo á sus mas favorecidas concubinas, las quales eran todas de una rara y extremada belleza. Entre estas habia una que era christiana, y se la habia regalado al Baxá un Corsario Berberisco. Esta tuvo modo de que llegase á mis manos un villete suyo, en que me prometia un grandísimo premio, si hallaba manera de ponerla en libertad. Con efecto, esperé á que se ofreciese alguna buena ocasion de servirla, y en la famosa batalla de Peterswaradin, que el incomparable Principe Eugenio ganó contra los Turcos, mientras en el campo de estos todo era desorden, aturdimiento y confusion, tomé mi tiempo, y pasando á la Tienda que servia de serrallo á las mugeres de mi amo, hice montar en un caballo á la Christiana, y montando yo en otro, nos escapamos los dos al campo Imperial. Llevaba consigo la Esclava Christiana muchas y muy preciosas joyas, todas

das de gran valor; y luego que se vió fuera del poder de los infieles, quitandose un rico anillo, me le regaló diciendo, que aquello era lo menos que tenia intencion de darme, quando se viese en su país. Presentaronnos al Principe Alexandro de Vitemberg, á quien ella se dió á conocer, diciendo que era Española, y de casa distinguida; que la habian hecho Esclava los Corsarios de Argél, volviendo con su padre desde Cerdeña á Barcelona, quando solos contaba trece años. Aseguró, que el Baxá á quien habia sido regalada, siempre la habia tratado con la mayor atencion, y que lejos de hacerla la menor violencia, nunca hizo mas que pretender rendir su constancia, pero con el modo mas respetoso, y con las voces mas compuestas. La envió el Principe á Buda con una buena escolta, dexandola en libertad de volverse á España, si gustaba, en el supuesto de que se la daria el dinero que hubiese menester para hacer con toda decencia y comodidad aquel viage. Quiso ella llevarme consigo á Buda, y quando llegamos á la Capital de Ungría, nos alojamos en una casa, á cuyas espaldas estaban unos jardines contiguos á los quarteles de los Soldados. Mirabame la Dama con alguna inclinacion, y habiendome examinado acerca de mi persona y de mi vida, al cabo llegó á entender la verdadera causa que me habia hecho caer en manos de los Turcos. Me pareció que no habia gustado mucho de saber, que el amor se hu-

biese anticipado á ocupar mi corazon, y tanto, que ni entre los horrores de la guerra, ni en medio de los trabajos de la esclavitud me hubiese olvidado de mi amada Irene. La ignorancia de su destino (la decia yo con las lágrimas en los ojos) y el temor de que haya venido á parar en poder de los Turcos, aplicada á contentar sus brutales apetitos, son un cruelísimo puñal que continuamente me está atravesando el corazon, sin permitirme ni un solo instante de paz. Yo mismo fui el autor de todas sus desgracias ¡O, y cuánto mejor me hubiera sido no haberla conocido jamás, si la infeliz habia de verse por causa mia sujeta á tantas desdichas! Quando acabé de pronunciar esta última clausula, oí que añadió la Dama, dando un profundo suspiro: oxalá que jamás la hubieras conocido. Entonces acabé de asegurarme, que realmente me amaba, y no dexé de engreirme un poco, considerandome un hombre capaz de inspirar amor en una Dama de aquella calidad, qual se habia dado á conocer la Española.

Mientras tanto acostumbraba ella á salir todas las tardes á oírse un poco por los jardines que he dicho, hasta que llegase la ocasion de un comboy, que estaba para partir por el Danubio á Viena. Gustaba de que yo la acompañase siempre, y echandome de quando en quando algunas ojeadas tiernas y cariñosas, procuraba excitar en mi pecho alguna centella de amor á su persona, pero todo en vano; por-
que

que si bien me parecia, que sería grande la fortuna de poseer una persona tan noble y de tan rara belleza, estaba tan estampada en mi alma la memoria de Irene, que no dexaba lugar á ningun otro afecto. Un dia en que la Dama estaba reposando, salí yo solo á pasearme por los jardines. Caminaba con los ojos baxos, enteramente enagenado, con el pensamiento fixo en mi amado objeto. Mi enagenamiento me llevó sin sentir hasta mas allá de los quarteles de que ya he hablado, y quando llegué á cierto sitio, oí una voz de muger que me llamaba por mi nombre. Levanté al punto los ojos, y me quedé atónito, é inmoble como una piedra, quando ví en un balcon al dulce objeto de mis amores. Al mismo tiempo ella me arrojó una carta sin hablarme palabra, y se retiró. Ya se dexa discurrir, que una accion como esta me sorprenderia mucho mas que me habia sorprendido su vista. No obstante recogí la carta, y retirandome á una de las calles menos frequentadas del jardin, comencé á leerla, parte temblando, y parte lleno de impaciencia por saber su contenido, el qual era el siguiente. *El pérfido Cefaleno, movido de su griega avaricia, dió parte al Capitan Arnaldo, de que yo me hallaba contigo en su casa, y tuvo orden del mismo Capitan de disponer mi rapto de la manera que sabes. Fui conducida á Zante, donde me estaba esperando el Capitan, y luego que me entregaron en sus manos, me llevó consigo á Ná-*
po-

poles, donde habia entrado al servicio del Emperador, despues de haber sido despedido de el del Rey de Cerdeña. Desde aquel dia he estado siempre en su poder, pero sin que haya podido vencer la aversion con que le miro, ni desbancarme del amor que te profeso. En el invierno pasado se le destinó para Italia, con ocasion de esta guerra con los Turcos me traxo consigo, teniendome siempre encerrada en un quarto como en una prision. He tenido el gusto de verte pasear algunas veces por estos jardines, á donde corresponde la ventana de mi encierro, y te he oído hablar con aquella persona, que al principio dió grande materia á mis zelos, pero despues me desengañé, y me consolé mucho con la seguridad de que todavía te acordabas de mí. Quisiera librarme de las manos de este hombre, que todos los dias me está espantando con sus continuas amenazas; más tampoco quisiera exponerte á algun peligro, ni alterar tu quietud. Mañana á esta misma hora volverás, si pudieres, á este mismo sitio debaxo de mi ventana: dame alguna respuesta con noticia de lo que hubieres pensado: encontrarás colgado un hilo, al qual podrás atar la carta con toda la cautela posible. Luego que acabé de leer el papel, prorrumpí en mil maldiciones contra Demetrio, y contra su griega fidelidad. Ocurrieronme entonces todos los engaños del pérfido Sinon, y del faláz Ulises, pareciendome que habian sido mucho menos abominables que los de mi falso amigo. Detestando en fin á un

hom-

hombre de aquel carácter, que tan indignamente habia atropellado las leyes de la verdadera amistad, volví toda mi atencion á discurrir la manera de poner en libertad á mi Irene.

Era esto muy difícil en una Ciudad, guardada en aquel tiempo con el mayor desvelo, donde habia tanto número de tropas. Solamente el huir de ella era un gravísimo delito, que irremisiblemente seria castigado con pena de muerte. A esto se añadía el particular impedimento de la Dama Española, la qual si llegase á su noticia mi intento, seguramente echaria todo el resto de su poder para estorvarle. Pero el amor es tan ingenioso como audáz. Encaxóseme fixamente en la cabeza el extraño pensamiento de poner en libertad á Irene, valiéndome de la misma Española. La respondí pues, diciéndola, que solicitáse la ocasion de hablar desde su ventana á esta Señora, declarándola la violencia que estaba padeciendo, y el peligro á que se hallaba expuesto su honor, é implorando al mismo tiempo su proteccion para librarla de tan dolorosa esclavitud. Concluida mi respuesta, concurrí al jardin á la hora señalada el dia siguiente, y hallé que Irene en cumplimiento de su palabra me estaba ya esperando para recibirla. Quando ví que la habia ya recobrado, me retiré de aquel sitio, por no dar que sospechar, esperando mientras tanto á ver el efecto que producía mi pensamiento. Al acercarse la noche, yo mismo pregunté á la Española, si queria sa-

TOMO VI. B lir

lir á nuestro acostumbrado paseo. Ella, que solo deseaba darme gusto, prontamente respondió que sí, y dexándola muy de propósito que se adelantase un poco á mí, caminando hácia el quartél, oí que la llamaban desde lo alto, diciendo: *Madama, Madama*. Miró luego hácia arriba, y viendo una muger, se paró para saber lo que la queria decir. Señora, la dixo Irene, sírvase usted decir á ese hombre que la acompaña, que se retire un poco. Inmediatamente me retiré yo, y ella hizo lo que yo la habia sugerido, con tanta gracia y con tanta fortuna, que la Española prometió hacer todo lo posible para librarla de lo que estaba padeciendo. Con esto se despidió de ella, y llamándome á mí, despues de haberme contado lo mismo que yo sabía: Isidoro, me dixo, es menester que hagamos esta gran obra de caridad en beneficio de aquella pobre y virtuosa mocita. Dispondremos una buena y muy segura escala de cuerdas, que ella procurara tirar hácia arriba, y asegurarla bien á su ventana, por la qual bajará á nosotros la noche antecedente á nuestra partida, y la llevaremos con nosotros, sacándola de las manos del bárbaro que pretende violentar su inclinacion: paréceme muy justo que hagamos con otros aquello mismo que tan felizmente hiciste tu conmigo quando me hallaba en poder de los Turcos; y estoy bien segura, de que un hombre tan lleno de gentileza como tú, no dexará de ayudarme gusto-

so en tan noble como christiana y caritativa intencion. Señora, la respondí, estoy prontísimo á serviros, y á servir en quanto pueda y valga á esa desgraciada joven. Con efecto se conduxo nuestro intento con tanto arte, y con tanta cautela, que Irene se vió libre de su prision, y embarcándose juntamente con nuestras personas en el Danubio, tomamos el camino de Viena, habiendo tenido tambien la fortuna de que aquella noche habia tocado al Capitan Arnaldo montar la guardia en Pest, y por consiguiente hallarse fuera del quartél. Ya ustedes habrán conocido que yo me guardaria bien de hablar con mi bella durante aquel viage, por no dar ocasion á la Dama Española de sospechar, que pasase entre los dos alguna inteligencia. La tal Dama la habia cobrado grande amor, agradada sumamente de sus loabilísimas costumbres. Conversaba siempre con ella, y poco á poco llegaron á tratarse con tanta familiaridad, que siempre se las veía juntas. En pocos dias llegamos á Viena, y nos alojamos en una posada vecina á la Iglesia de San Esteban. Hacíanse á la sazón grandes fiestas en aquella Imperial Corte por la toma de la importante Plaza de Temesvar. Disparábanse en todas partes grandes fuegos, acompañados de vistosas iluminaciones, por los felices sucesos de las armas Christianas. Participamos nosotros de todas aquellas alegres diversiones; pero yo tenía atravesada una espina, que no me dexaba tomar mucho el gusto

to á ninguna de ellas. Es el caso que la Española habia determinado restituirse quanto antes á su patria, y llevarnos consigo á Irene y á mí. Conocia yo muy bien los grandes inconvenientes que se podian seguir de mantenerme largo tiempo en su compañía. Su amor á mi persona era cada dia mayor, tanto que ella misma claramente me habia confiado la intencion que tenia de casarse conmigo luego que se viesse en España. Tambien Irene habia sabido de su propia boca esta su resolucion; y aunque estaba bien persuadida á que yo de ninguna manera fomentaba sus ideas, todavía no dexaba de vivir infinitamente desconfiada y rezelosa. Habíame hablado muchas veces en el asunto, y siempre insistiendo con la mayor viveza en que nos alejásemos de un objeto que tanto alteraba nuestra paz, y turbaba nuestra quietud. Vímonos pues precisados á separarnos de ella sin su consentimiento. Vendí el anillo que ella misma me habia regalado; y habiendo ajustado una calesa, una mañana muy temprano y antes que ella despertase, partimos de Viena, y de propósito tomamos el camino de Polonia, para eludir mejor las diligencias, que sin duda se harian en busca nuestra.

Y étenos aqui otra vez en nuestra entera libertad. En ocho dias nos vimos dentro del territorio de Polonia; pero el punto estaba en que nuestro dinero se iba acabando, y era menester pensar en el modo de vivir en adelante.

Te-

Tenia Irene algunos principios, y no mala disposicion para la música, y yo en mis primeros años habia aprendido á tocar un poco el archilaud. Resolvimos pues tomar el partido de saltimbancos, quiero decir, de andar de Ciudad en Ciudad cantando cansionetos, y tocando sinfonías mal compuestas, que habia yo aprendido de memoria. Los Polacos son naturalmente inclinados á todo género de música, sin embargo de no ser del mejor gusto en quanto al discernimiento de ella. Por eso fue grande el aplauso que logramos en todos los Lugares donde nos detuvimos, y en cada uno de ellos veíamos al rededor de nosotros una infinidad de gentes, que no solo gustaban de la harmonía del canto y del instrumento, sino que estaban como embelesados, fixos los ojos en las bellísimas facciones de mi amada compañera. Facilmente se creerá, que no faltarian mozuelos, y aun otros hombres mas adultos, que procurasen solicitarla á la condescendencia con sus lascivos deseos, y que aun á mí mismo me tentarian, para que la llevase á sus conversaciones particulares, dando por supuesto, que como uno de tantos bribones de esta especie, el interés me obligaria á complacerlos. Pero como hallaron en ella una muger muy distante de toda disolucion, y en mí un hombre muy diferente de lo que ellos se habian imaginado, quedaron todos admirados de encontrar tanto honor y tanta honestidad en una profesion, que en el concepto del mundo

pa-

pasa, hablando en general, por la mas disoluta. No podía Irene vencer la vergüenza que la causaba todas las veces que habia de comparecer en público, y nunca subiamos á los palcos para exercitar nuestro oficio, sin que su bello semblante se viese todo cubierto de un encendísimo rubor. Muchas veces me manifestaba su invencible aversion á aquel género de vida, diciéndome, que antes querría pedir una limosna de puerta en puerta, que continuar en aquel modo de vivir.

Mientras tanto llegamos á Varsovia, donde estaba la Corte del Rey, con cuyo motivo era muy freqüentada aquella Ciudad de los primeros Señores del Reyno. Extendióse presto la fama de la rara hermosura, dulcísima voz, y singular destreza en el canto de la forastera cantarina, y muchos Magnates desearon verla y oirla. Les agradó mucho su voz, bien que un poco áspera, dura y carrasqueña, y sin advertir que algunas veces desentonaban sus modulaciones, la alabaron excesivamente. Hablaron de ella al Rey y á la Reyna, y estos Augustos Soberanos, por su gran bondad, quisieron dispensarnos el honor de que cantásemos y tocásemos en su presencia. Es muy verosímil, que en el particular discernimiento de aquellos dos Príncipes, no les pariciésemos aquellos dos capos de ópera en la música, que tanto los habian ponderado los Polacos; pero en medio de esto Irene tuvo la fortuna de haber caído muy en gracia

cia á la Reyna, sin duda por su extremada modestia y natural compostura, puesto que quiso su Magestad que se quedase en su Corte por algunos dias, señalandola uno de los quartos mas secretos de palacio, y el Rey me admitió en el número de sus criados. Con esta ocasion tuvo Irene gran oportunidad de declarar á la Reyna quiénes éramos nosotros verdaderamente, contándola todas las estrañas aventuras que nos habian sucedido hasta aquel tiempo. La sincera relacion del principio que habian tenido nuestros amores, excitó una grande compasion en el tierno y verdaderamente Real corazon de aquella gran Princesa, de manera que desde luego pensó en consolarnos. Ante todas cosas quiso que se celebrase inmediatamente nuestra boda: y habiendo obtenido del Rey una pension sobre sus rentas de Saxonia, nos hizo partir á aquellos Estados, para que lograsemos en ellos el fruto de la Real liberalidad, despues de habernos colmado de dones y regalos de gran valor. Mas, ¡ó Dios! ¡y qué peligrosas son las riquezas, aun las mas medianas! Esto me enseñó el terrible caso que voy á referir.